



ÚLTIMAS TARDES CON TERESA UNA RELECTURA

BENITO ROMERO



El pasado mes de abril aproveché unos días de súbito confinamiento en la cama por enfermedad para releer *Últimas tardes con Teresa*, la aplaudida novela de Juan Marsé que el pasado año celebró sus bodas de oro. Sin duda se trata de uno de los títulos fundamentales que conforman la narrativa española de la década de los sesenta, junto a obras no menos emblemáticas como *Tiempo de silencio* (1962), de Luis Martín-Santos, *Señas de identidad* (1966), de Juan Goytisolo, *Cinco horas con Mario* (1966), de Miguel Delibes, *Volverás a Región* (1967), de Juan Benet y *San Camilo, 1936* (1969), de Camilo José Cela. El libro se publicó en la prestigiosa Seix Barral tras alzarse con el premio Biblioteca Breve en una reñida votación: el jurado, integrado por Carlos Barral, Luis Goytisolo, Mario Vargas Llosa, Juan García Hortelano, Josep Maria Castellet y Salvador Clotas, estuvo deliberando hasta el último minuto entre la obra finalmente ganadora y *La traición de Rita Hayworth*, de Manuel Puig. (Según ha confesado el propio Marsé, la razón de que su libro se impusiera sobre el del escritor argentino se debió al titánico empeño de Vargas Llosa, en concreto a una larguísima y apasionada alocución del peruano que terminó desempataando la hasta entonces enquistada elección). A diferencia de las novelas citadas, que se caracterizaron por la incorporación de técnicas experimentales desarrolladas décadas atrás por autores extranjeros como Joyce, Faulkner, Dos Passos y Proust, la voluntad de *Últimas tardes con Teresa* no es otra que homenajear la novela decimonónica —en particular la francesa—, lo que explica que su construcción narrativa siga una línea

más bien clásica, alejada de los alardes de complejidad expositiva predominantes en el momento de su aparición.

La primera vez que leí *Últimas tardes con Teresa* fue en el instituto, en abril de 2001. El profesor, Leopoldo Porras Granero –alumno del insigne Rafael Lapesa–, era un confeso admirador de la obra de Marsé al menos por dos motivos que recuerde: en primer lugar, por la penetrante escenografía sociológica que el novelista catalán esculpe con esmero en cada una de sus entregas literarias (no en vano, la voluminosa tesis doctoral de don Leopoldo se titula *El pueblo en la novela española del siglo XIX*); en segundo lugar, por la crítica política envuelta en el desencanto y la ironía que Marsé desliza hábilmente en sus páginas sin que suene a panfleto trasnochado. (De hecho el día en que don Leopoldo dedicó los minutos finales de la clase a comentar el libro, los únicos aspectos en los que se detuvo fueron la condición social de los personajes y el contexto de las revueltas universitarias en el que se localiza la acción).

En principio don Leopoldo nos marcó como lectura obligatoria *El amante bilingüe* debido a que se trataba de un libro corto y sencillo y porque le interesaba que nos acercáramos al pitorreo con el que Marsé denuncia la política lingüística llevada a cabo por el hoy defenestrado Jordi Pujol en la Cataluña de los años ochenta. De esos condicionantes probablemente imperara el primero a la hora de decantarse por *El amante bilingüe*, es decir porque se trataba de una novela corta y sencilla, o lo que es lo mismo, asequible para el delicado momento en que nos encontrábamos: la gente deseaba sacudirse de encima lo antes posible el engorroso trámite de la lectura obligatoria que se nos exigía para pasar la asignatura y poder centrarse, así, en la prueba de fondo de aprobar el curso y acceder –quien tuviese ese objetivo– a la Prueba de Acceso a la Universidad (PAU). Como yo sabía que iba a repetir, me sentía ajeno a la dinámica salvaje de la memorización a corto plazo preñada de estrés y competitividad –sobre todo entre los que ambicionaban sacar la máxima calificación e imponerse como los mejores–, por lo que le propuse a don Leopoldo si en lugar de *El amante bilingüe* podía leer *Últimas tardes con Teresa*, de cuya fama de obra mayor ya tenía constancia. Inicialmente sorprendido por mi interés, terminó aceptando; así, expuso al conjunto de la clase que la lectura podía ser de uno u otro título. Los pocos alumnos que en principio optaron por *Últimas tardes con Teresa* lo hicieron porque contaban con el libro en casa y de este modo se ahorraban un desembolso económico innecesario. Sin embargo a los pocos días acabaron desertando y pasándose a las páginas de *El amante bilingüe* porque la extensión y densidad estilística de *Últimas tardes con Teresa* requería dedicarle un tiempo del que

entonces no se disponía. Por lo que a mí respecta, compré la novela en una librería que ya no existe y esa misma noche inicié su lectura, quedando fascinado desde el primer párrafo. Creo que no tardé más de tres o cuatro días en finalizarla. La leí con deleitoso vértigo, a sabiendas de que estaba siendo absorbido por el universo personal de Marsé en lugar de estudiar burocráticamente los miserables apuntes de instituto para aprobar los no menos miserables exámenes de instituto, sacar el título y dirigirme rumbo a la universidad. (El resto de compañeros leyeron *El amante bilingüe* con prisas y atropellos, pero superaron el examen y el curso mientras yo me quedé repitiendo con cara de tonto).

Últimas tardes con Teresa se desarrolla entre junio de 1956 y septiembre de 1957, con un epílogo situado en 1959. Ambientada en Barcelona, relata la amistad entre Manolo Reyes, el *Pijoaparte*, «un delincuente habitual, antisocial y tosco, con debilidad especial para el robo de motocicletas»¹, y Teresa Serrat, una joven universitaria y burguesa. Ambos comienzan su relación tras un accidente que deja en coma a Maruja, criada de la familia de Teresa y novia de Manolo. En realidad, la historia de *Últimas tardes con Teresa* tampoco tiene nada de particular: lo importante, una vez más, es la manera en la que el autor cuenta lo que sucede. En este caso, desplegando una altísima sensualidad poética que dota al libro de una plasticidad expresiva de primer nivel y que, salvo excepciones, ha sido uno de los rasgos característicos de la narrativa de Marsé. De hecho, antes de enfrascarme en la relectura de *Últimas tardes con Teresa*, lo que recordaba de ella, al margen de un par de escenas concretas, fue la precisa atmósfera con sabor mediterráneo edificada por Marsé, que alcanza su culminación en la intensa escena playera entre el *Pijoaparte* y Teresa; esta escena, elaborada con exquisita artesanía, aun siendo absolutamente literaria posee la rara virtud de evocar momentos de las clásicas películas de Hollywood, como el famoso beso entre Burt Lancaster y Deborah Kerr tendidos a la orilla del mar en *De aquí a la eternidad*. (El estilo embrujador del novelista catalán quizá sea el causante de que todas las adaptaciones al cine de sus novelas hayan resultado fallidas, pues desencadena una potente visualización en el lector que transmite la falsa idea de que lo leído funciona como material cinematográfico; y, en efecto, las historias de Marsé son muy cinematográficas, pero sólo sobre el papel).

Finalizada la relectura me he dado cuenta de que al estar ahora más familiarizado con la trayectoria literaria de Marsé, he detectado mejor sus constantes guiños autobiográficos, entre los que se incluye un simpático cameo que recuerda a los que realizaba Alfred Hitchcock en sus películas: «Le conozco —dice una muchacha en una sala de baile—, se llama Marsé, es uno bajito,

moreno, de pelo rizado, y siempre anda metiendo mano. El domingo pasado me pellizcó a mí y luego me dio su número de teléfono por si quería algo de él, qué te parece el caradura»². No obstante lo que más me ha sorprendido es la mirada progresista con la que Marsé enfoca la historia, perceptible de forma especial en el tratamiento de los personajes femeninos, así como en su retrato de la hosca realidad sociopolítica. Esa mirada progresista –sin duda audaz para la época– poda de la narración los rancios flecos del nacionalcatolicismo y los traumas ocasionados por la Guerra Civil. La lucidez sensitiva que derrocha Marsé probablemente sea deudora de su formación autodidacta, alejada, por tanto, de los encorsetados círculos académicos donde se imponía el ideario conservador. Gracias a su autodidactismo Marsé supo configurar una perspectiva respecto a la realidad del país de profundo desencanto y muy crítica con la mitología de los grandes discursos, de las grandes frases hechas y de la doble moral de los grandes nombres. La suma de estos mimbres arroja como desenlace creativo un sano distanciamiento respecto al período histórico que trata de reflejar, observando como un halcón las motivaciones de sus personajes, es decir sin contaminación ideológica y prejuicios cortoplacistas, lo que permite que la novela transite por la difícil senda de la atemporalidad.

La imagen más suculenta que retenía de mi lectura adolescente del libro era la de la relación que mantienen Teresa y el *Pijoaparte*, probablemente porque Teresa representa la fantasía amorosa masculina y la posibilidad de escape de una realidad miserable que el *Pijoaparte* no termina de aceptar. Entonces ambos me parecieron unos adultos con sus complejidades de adultos; en esta ocasión los he percibido como una pareja de niños desorientados ante los que me ha costado empatizar. El *Pijoaparte* es el chulito de barrio con buena planta que trapichea y ambiciona con ser un señorito. Al mostrarse incapaz de asumir su condición de charnego venido a menos, desprecia las numerosas propuestas femeninas que le llueven desde su entorno³, porque él aspira a dar con una chica de la alta sociedad que lo enchufe y termine convirtiéndolo en un miembro de las clases privilegiadas que envidia⁴. En cuanto a Teresa, representa el prototipo de la universitaria atractiva⁵, acaudalada y falsamente rebelde. Al desenvolverse por los circuitos progres de la universidad, Teresa simpatiza con el mundo de los trabajadores, por este motivo desde un primer momento se convence de que el *Pijoaparte* es un obrero militante, porque piensa que con él logrará completar su curiosidad revolucionaria, pero en realidad a lo que aspira es a completar su curiosidad sexual al lado del malote de turno (no por casualidad al principio de tratarla, el *Pijoaparte* llega a la conclusión de que Teresa es «lo que se dice lisa y

llanamente una caprichosa y una irresponsable que gustaba de caer en brazos de chulos de barrio [...] por pura calentura»⁶).

Tanto Teresa como el *Pijoaparte* son dos caras bonitas sumidas en el autoengaño, unos románticos soñadores que, como señala el propio Marsé, «confunden la apariencia con la realidad». Aquí entra en juego una de las obsesiones del novelista barcelonés: el uso de la fantasía como elemento de evasión ante una realidad fea y deprimente. Lo imaginado se convierte, pues, en el antídoto perfecto para afrontar una existencia donde la adversidad es lo único constante. Y sobre ese escenario *trágico* lo que se impone es el deseo de fuga, que necesariamente se antoja desesperado. Los largos pasajes descriptivos de *Últimas tardes con Teresa*, de deliberado aliento poético, sirven para enfatizar los anhelos oníricos de sus protagonistas, pero a pesar de ello Marsé en ningún momento esquiva el fantasma de la fatalidad. Por este motivo tras el capítulo más lírico del libro, la escena en la playa entre el *Pijoaparte* y Teresa, la novela va adoptando un tono más sombrío, con un patetismo —en especial el del *Pijoaparte*— que va *in crescendo* y termina incomodando.

La dureza que acaba tiñendo las páginas de *Últimas tardes con Teresa* se encuentra más próxima con la sobria sordidez del cine italiano de posguerra que con el truculento tremendismo hispánico. También comparte algo del espíritu de *El mundo sigue*, la película maldita de Fernando Fernán-Gómez donde se exhibe un realismo sin concesiones (de ahí que las autoridades franquistas la condenaran al ignominioso olvido, aun tratándose de la película que mejor reproduce la España de su época). Y, al igual que sucede en *El mundo sigue*, en *Últimas tardes con Teresa* el refugio tangible que el destino se empeña en reservarnos para combatir el desencanto de la vida se encuentra simbolizado por esos mausoleos de los sueños que son los bares.

NOTAS

¹ DORA, Sergi, «*Últimas tardes con Teresa*, la novela que irritó a franquistas y antifranquistas», *ABC.es* (19-03-2016), http://www.abc.es/cultura/libros/abci-ultimas-tardes-teresa-novela-irrito-franquistas-y-antifranquistas-201603190651_noticia.html.

² MARSÉ, Juan, *Últimas tardes con Teresa*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998, p. 360.

³ Particularmente repulsivo es el trato que el *Pijoaparte* mantiene con su novia Maruja: en un principio él la corteja porque piensa que forma parte de la burguesía. Tras descubrir que se trata de una criada, su actitud con ella se transforma, volviéndose ruin y tosca y no dudando en afirmar que si sigue a su lado es porque «tiene un culo y unas tetas de primera» (Ibíd., p. 129).

⁴ Francisco Umbral ha ironizado sobre la figura del enchufado, contraponiéndola con la del opositor: «Lo contrario de un opositor era un enchufado. El enchufe y la oposición eran

fórmulas vitales contrapuestas, antagónicas, antípodas. Eran, incluso, concepciones del mundo distintas, maneras de estar en la existencia que respondían a filosofías encontradas. Así, la oposición se inscribía en el aristotelismo, en el tomismo, en una concepción del Universo como eternidad, perennidad, inmutabilidad y armonía de las esferas. [...] El enchufe, por el contrario, respondía en aquellos años a una concepción de la existencia como azar, como emergencia, una concepción existencialista, sartriana, del acto como realización», *Memorias de un niño de derechas*, Destino, Barcelona, 1972, p. 150.

⁵ Marsé se sirve del color del pelo para establecer una metáfora sobre la condición de clase: el cabello moreno (Maruja) simboliza lo *vulgar* mientras que el cabello rubio (Teresa) representa lo *bello*.

⁶ MARSÉ, J., *Últimas tardes con Teresa*, p. 120.